

100

AÑOS

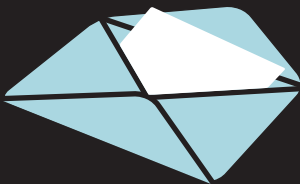
DE HISTORIAS DE AGATHA CHRISTIE

Agatha Christie®

EL CASO DE LOS ANÓNIMOS

*Dobles verdades
en un nuevo caso para
MISS MARPLE*

J
a
R
m
S
I
E



AGATHA CHRISTIE

EL CASO DE LOS ANÓNIMOS

Traducción de C. Peraire del Molino



The Moving Finger Copyright © 1942 Agatha Christie Limited.
Todos los derechos reservados.

AGATHA CHRISTIE, THE MOVING FINGER y la firma de
Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited
en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.
Usados con permiso.
Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de C. Peraire del Molino

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C

Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-670-5851-2
Depósito legal: B. 260-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como
papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el
permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

He recordado con frecuencia la mañana en que llegó el primero de los anónimos.

Lo recibí a la hora del desayuno y le di vueltas y más vueltas, como suele hacerse cuando el tiempo pasa lento y todo acontecimiento hay que alargarlo hasta sacarle el mayor jugo posible. Según vi, era una carta enviada desde el pueblo mismo y con las señas escritas a máquina. La abrí antes que otras dos que llevaban matasellos de Londres, ya que una de ellas era sin duda una factura, y en la segunda reconocí la escritura de una de mis molestas primas.

Ahora resulta raro recordar que a Joanna y a mí la carta nos hiciera más gracia que otra cosa. Entonces no teníamos ni la más remota idea de lo que estaba por llegar: un rastro de sangre y violencia, de desconfianza y temor.

A uno no se le ocurriría ni por asomo asociar algo semejante con Lymstock.

Pero veo que he empezado mal. No he explicado lo de Lymstock.

Cuando me estrellé con la avioneta temí durante mucho tiempo, a pesar de las palabras alentadoras de médicos y enfermeras, estar condenado a pasarme el resto de mi existencia tumbado boca arriba. Pero después me quitaron la escayola y, poco a poco, aprendí de nuevo a hacer uso de mis miembros y, al fin, mi médico, Marcus Kent, dándome una palmada en el hombro, me dijo que todo iba a salir bien, aunque tendría que irme a vivir al campo y llevar una vida tranquila durante seis meses, por lo menos.

—Váyase a alguna parte del mundo donde no tenga amigos. Apártese de todo. Interésese por la política del lugar, disfrute escuchando los chismes del pueblo, absorba todas las habladurías, trivialidades, pequeñeces locales... Eso es lo que le receto. Descanso y tranquilidad completos.

¡Descanso y tranquilidad! Suena raro pensar en eso ahora.

Conque fui a parar a Lymstock y a Little Furze.

Lymstock había sido un sitio importante durante la época de la conquista normanda. En el siglo xx, sin embargo, era un lugar sin relevancia alguna. Se encontraba a nueve kilómetros de la carretera principal; una población rural con mercado, rodeada de colinas cubiertas de brezales. Little Furze se hallaba situada en el camino que conducía a ellas. Era una casita blanca, modesta y muy cuidada, con un porche decimonónico pintado de un verde desvaído.

Mi hermana Joanna, apenas verla, decidió que era el sitio ideal para un convaleciente. Su propietaria hacía juego con la casa: una viejecita encantadora, increíblemente decimonónica también, que le explicó a Joanna

que jamás se le hubiese ocurrido alquilar la casa «de no haber cambiado tanto los tiempos y por los terribles impuestos».

Llegamos a un acuerdo, se firmó el contrato y, a su debido tiempo, Joanna y yo nos instalamos, mientras Miss Emily Barton fue a alojarse en Lymstock, a unas habitaciones en casa de una antigua doncella suya: «mi fiel Florence». Cuidaba de nosotros la actual doncella de Miss Barton, Partridge, un personaje ceñudo pero eficiente, a quien ayudaba una muchacha que acudía a la casa todos los días.

En cuanto nos hubieron dado un poco de tiempo para instalarnos, todo Lymstock vino solemnemente a visitarnos. En Lymstock a todo el mundo le habían puesto una etiqueta; «más o menos igual que en las familias felices», había dicho Joanna. Estaba el abogado Symmington, un señor delgado y enjuto, y su mujer quejica, tan aficionada al bridge. El doctor Griffith, un médico moreno y melancólico, y su hermana, corpulenta y alegre. El pastor, un anciano letrado y distraído, y su lunática esposa de rostro grave. El rico aficionado a las bellas artes, Mr. Pye, de Prior's End, y, por último, la propia Miss Emily Barton, la perfecta solterona, tan tradicional en los pueblos.

Joanna repasó las tarjetas con cierto asombro.

—No sabía —dijo con voz sorprendida— que la gente hiciera de verdad las visitas con tarjeta.

—Eso —repuse— es porque no sabes nada del campo.

Joanna es muy guapa y alegre; le gustan el baile, los combinados, los amoríos y correr de un sitio a otro en automóviles de gran potencia. Es, en definitiva, una mujer de ciudad.

—Sea como fuere —dijo—, no desentonaré.

La observé de un modo crítico y no estuve de acuerdo con ella.

Joanna iba vestida (por Mirotin) para *le sport*. El efecto era encantador, pero exagerado para Lymstock.

—No —le dije—, te equivocas. Para no desentonar, deberías llevar una falda de *tweed* vieja y descolorida, con un jersey de cachemir que hiciese juego, y tal vez una chaqueta de punto un poco deformada, sombrero de fieltro, medias gruesas y zapatos sin tacón, muy gastados. Y la cara tampoco está bien.

—¿Qué le pasa a mi cara? Llevo el maquillaje Moreno Campestre.

—Por eso —repliqué—. Si vivieras aquí únicamente te pondrías polvos para disimular el brillo de la nariz y es casi seguro que lucirías las cejas completas en lugar de sólo una cuarta parte de ellas.

Joanna se echó a reír y dijo que ir al campo era una experiencia nueva y que iba a disfrutar mucho.

—Temo que te aburras como una ostra —repuse con cierto remordimiento.

—No, no me aburriré. Estaba harta ya de mis amistades y, aunque sé que no te mostrarás muy comprensivo, me afectó mucho lo de Paul. Necesitaré bastante tiempo para olvidarlo.

Me sentí escéptico. Los asuntos amorosos de Joanna siempre siguen el mismo derrotero. Se enamora con locura de algún joven sin recursos, un genio incomprendido. Escucha sus quejas inacabables y se esfuerza por conseguir que se reconozca su talento. Luego, cuando él se muestra ingrato, se siente herida en lo más profundo y dice que le ha destrozado el corazón..., hasta que apa-

rece otro joven melancólico, algo que suele ocurrir unas tres semanas más tarde.

No me tomé muy en serio el corazón destrozado de Joanna, pero comprendí que vivir en el campo sería un juego nuevo para mi atractiva hermanita. Se lanzó con verdadero entusiasmo a la tarea de devolver las visitas. Como cabía esperar, fuimos recibiendo invitaciones para tomar el té y jugar al bridge, que aceptamos, y a las que correspondimos a nuestra vez.

Para nosotros era una novedad y un entretenimiento: un juego nuevo.

Y, como ya he dicho, cuando llegó el anónimo también me pareció gracioso al principio.

Durante un par de minutos después de haber abierto la carta, me quedé contemplándola sin comprender. Habían recortado letras impresas y las habían pegado sobre la hoja de papel.

La carta, empleando términos indecentes, decía que Joanna y yo no éramos hermanos.

—Oye —dijo Joanna—, ¿qué pasa?

—Este anónimo es una auténtica grosería —repuse.

Aún me hallaba bajo el efecto de la sorpresa. ¿Quién habría esperado una cosa así en un remanso de paz como Lymstock?

Joanna dio inmediatamente muestras de un vivo interés.

—¡No! ¿Qué dices?

He observado que, en las novelas, a ser posible, los anónimos groseros y repugnantes jamás se enseñan a las mujeres para protegerlas de la sacudida que pudiera experimentar su delicado sistema nervioso tan sólo con la lectura.

Siento decir que jamás se me ocurrió no enseñarle la carta a Joanna. Se la entregué sin vacilar.

Justificó mi fe en su fortaleza no demostrando otra emoción que regocijo.

—¡Qué porquería más grande! Siempre he oído hablar de anónimos, pero nunca había visto ninguno. ¿Son siempre así?

—No sabría decirte. Éste es el primero que recibo yo también.

Joanna se echó a reír.

—Debes de tener razón en cuanto a lo de mi maquiillaje, Jerry. Supongo que creerán que soy una mujer de conducta dudosa.

—A eso —dije— hay que añadir que nuestro padre era un hombre alto, moreno y chupado de cara, y nuestra madre, una criatura rubia de ojos azules. Y yo me parezco a él, y tú, a ella.

Joanna asintió moviendo la cabeza, pensativa.

—En efecto, tú y yo no nos parecemos ni pizca. Nadie nos tomaría por hermanos.

—Alguien no lo ha hecho, desde luego —respondí con vehemencia.

Joanna dijo que lo encontraba la mar de gracioso. Sostuvo la carta por una esquina, la agitó y preguntó qué debíamos hacer con ella.

—Lo correcto, según tengo entendido —contesté—, es tirarla al fuego mientras se exclama algo con indignación.

Y convertí en hechos las palabras. Joanna me aplaudió.

—Lo has hecho muy bien. Deberías dedicarte al teatro. Es una suerte que aún tengamos el fuego encendido, ¿verdad?

—Habría resultado mucho menos dramático arrojarla a la papelera —admití—. Claro que también habría podido prenderle fuego con una cerilla y observar cómo iba consumiéndose lentamente...

—Las cosas nunca arden cuando uno quiere que lo hagan —advirtió Joanna—. Se apagan. Con toda seguridad habrías tenido que encender una cerilla tras otra.

Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Luego, una vez allí, volvió la cabeza con brusquedad.

—Me pregunto quién lo habrá escrito —murmuró.

—Lo más probable es que nunca lo sepamos.

—Sí, supongo que tienes razón. —Guardó silencio unos instantes y luego dijo—: Bien pensado, tal vez no sea tan gracioso, ¿sabes? Yo creí... que nos querían aquí.

—Y nos quieren. Esto no es más que la carta de una persona trastornada.

—Supongo que sí. ¡Uf, qué desagradable!

Salió a la luz del sol y yo pensé, mientras fumaba el cigarrillo de costumbre después del desayuno, que estaba en lo cierto. Sí que era desagradable. A alguien le molestaba que hubiésemos ido a vivir allí; a alguien le irritaba la belleza, la juventud y la elegancia de Joanna; alguien quería hacer daño. Quizá tomarlo a broma fuera lo mejor, pero, en el fondo, no tenía nada de gracioso.

El doctor Griffith fue a verme aquella mañana. Habíamos quedado en que me haría un reconocimiento semanal. Owen Griffith me caía bien. Era moreno, desgarbado, torpe en sus movimientos y, sin embargo, tenía unas manos hábiles y delicadas. Hablaba a trompicones y se distinguía por su timidez.

Me dijo que estaba mejorando de manera prometedorra, y luego agregó:

—Se siente usted bien, ¿no? ¿Es imaginación mía, o está usted hoy algo deprimido?

—No, es que hemos recibido una carta anónima particularmente grosera a la hora del desayuno —repuse—, y me ha dejado mal sabor de boca.

Soltó su maletín en el suelo. Su rostro, delgado y moreno, reflejó excitación.

—¿Quiere decir que usted ha recibido uno de esos anónimos?

Se despertó mi interés.

—¿Es que hay más anónimos circulando por el pueblo?

—Sí, desde hace algún tiempo.

—Vaya, ya veo. Tenía la impresión de que nuestra presencia aquí, al ser forasteros, había molestado a alguien.

—No, no. No tiene nada que ver con eso. Es que... —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Qué ponía? Es decir... —se apresuró a añadir, enrojeciéndose y dando muestras de incomodidad—, quizá no debería preguntarlo.

—Oh, no tengo el menor inconveniente en contárselo. Decía que esa Miss tan llamativa que había traído conmigo no era ni mucho menos mi hermana. Aunque lo hacía de forma más extensa y desagradable, claro.

Se le encendió el rostro de ira.

—¡Qué desvergüenza! Su hermana no... Espero que no se haya disgustado.

—Joanna —repuse— parece el angelito que corona el árbol de Navidad, pero es muy moderna y tiene aguan-te. Le pareció divertido. Nunca le había ocurrido una cosa así.

—Lo supongo.

—Y, de todas formas, en mi opinión, ésa es la mejor manera de tomárselo: como algo completamente absurdo.

—Sí —respondió Owen Griffith—, sólo que...

Se interrumpió y yo me apresuré a decir:

—En efecto, ¿sólo que...?

—Lo malo de estas cosas —anunció— es que, una vez que empiezan, sólo hacen que empeorar.

—Me lo imagino.

—Es patológico, claro.

Moví la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Tiene usted idea de quién puede ser el autor?

—Ojalá la tuviese. El trastorno que lleva a alguien a enviar anónimos suele venir provocado por dos causas. O bien se trata de algo particular, dirigido a una persona o grupo de personas, es decir, motivado. En cuyo caso, el autor es alguien que está resentido por algo, o que cree tener motivos para estarlo, y escoge ese medio desagradable y ruin para vengarse. Es vil y repugnante, pero no implica necesariamente que quien lo haga esté mal de la cabeza, y es relativamente fácil dar con el autor o la autora: un criado al que se ha despedido, una mujer celosa, etcétera. O bien es general y no particular, y entonces resulta mucho más serio.

»Si las cartas se mandan a tontas y a locas es que le sirven a su autor para canalizar alguna frustración que siente. Como digo, es algo patológico, sin duda. Un trastorno que va en aumento. Al final, claro está, se identifica al autor, que a menudo es quien uno menos se pensaba, y entonces se acabaron los anónimos. Hace un año, hubo un caso de este tipo al otro extremo del condado. La auto-

ra resultó ser la encargada de la sección de sombreros de unos almacenes. Una mujer tranquila y refinada, que llevaba trabajando allí tres años.

»Y recuerdo otro caso parecido, cuando tenía la consulta en el norte. Pero ése fue producto del rencor personal. Sin embargo, y como le digo, he visto esta clase de cosas antes y, con franqueza, ¡me asustan!

—En este caso, ¿hace mucho que dura?

—No lo creo. Es difícil saberlo con exactitud, claro, porque la gente que recibe anónimos no anda por ahí publicándolos. Los echa al fuego. —Hizo una pausa—. Yo mismo he recibido uno. Symmington, el abogado, recibió otro. Y uno o dos de mis pacientes más pobres me hablaron de ellos.

—¿Todos por el estilo?

—Sí. Todos ellos sobre el tema sexual. Ése es su rasgo característico. —Rio—. A Symmington lo acusaban de mantener relaciones ilícitas con su secretaria, la pobre Miss Ginch, que tiene cuarenta años por lo menos, dientes de conejo y usa lentes. Symmington se fue derecho a la policía con el anónimo. A mí me acusaban de contravenir el decoro profesional con las mujeres que acudían a mi consulta. Todos eran infantiles y absurdos a más no poder, pero terriblemente venenosos. —Su expresión se hizo más seria—. No obstante, estoy preocupado. Estas cosas pueden ser peligrosas, ¿sabe?

—Supongo que sí.

—Porque —prosiguió— a pesar de tratarse de algo infantil y torpe, tarde o temprano una de esas cartas da en el blanco. Y entonces, ¡sólo Dios sabe lo que puede suceder! Temo también el efecto que puedan producir en las mentes estrechas, desconfiadas e incultas. Si ven

una cosa escrita, creen que es verdad y pueden surgir muchas complicaciones.

—La carta que yo recibí estaba muy mal escrita —dije, pensativo—; parecía redactada por una persona casi analfabeta.

—¿Usted cree? —murmuró Owen.

Y se marchó.

Pensándolo después, aquel «¿Usted cree?» se me antojó de lo más inquietante.

No seré yo quien oculte que la llegada del anónimo me produjo una mala impresión. Pero, a pesar de ello, pronto lo olvidé. Y es que, por entonces, no lo tomé en serio. Recuerdo haberme dicho a mí mismo que probablemente aquellas cosas sucedían con bastante frecuencia en los pueblos apartados. Y la culpable sería alguna histérica, con tendencia a la teatralidad. En cualquier caso, si todas las cartas eran tan infantiles e ingenuas como la que yo había recibido, poco mal podían hacer.

El siguiente incidente, si es que puedo llamarlo así, ocurrió una semana más tarde cuando Partridge, con los labios apretados, me informó de que Beatrice, la joven encargada de la limpieza, no acudiría aquel día para ayudarla.

—Tengo entendido, señor —dijo Partridge—, que la muchacha no se siente bien.

No estaba muy seguro de lo que quería decir Partridge, pero diagnosticué, equivocadamente, algún trastorno normal al que Partridge, por pudor, no se refería de una forma más clara. Dije que lo sentía y que confiaba en su pronto restablecimiento.

—La muchacha se encuentra perfectamente de salud, señor. Se trata de sus sentimientos.

—¡Ah! —exclamé sin acabar de comprender.

—Debido —prosiguió Partridge— a la carta que ha recibido y en la que se hacen ciertas insinuaciones.

La dureza de la mirada de Partridge me hizo temer que tuvieran que ver conmigo. Puesto que apenas habría reconocido a Beatrice de habérmela cruzado en el pueblo, debido a lo poco que me había fijado en ella, me sentí bastante molesto. Un inválido que anda cojeando con dos bastones no es el más adecuado para el papel de embaucador de pueblerinas.

—¡Qué estupidez! —exclamé, irritado.

—Lo mismo le dije yo, señor, a la madre de la muchacha. «No ha habido devaneos en esta casa», le aseguré, «ni los habrá mientras yo esté al frente de ella». En cuanto a Beatrice añadí: «Las muchachas son distintas hoy en día. Y respecto a flirteos en otra parte, no sé una palabra». Pero la verdad, señor, es que el amigo de Beatrice, el empleado del taller mecánico con el que sale, recibió también una de esas cartas desagradables y se está mostrando muy poco razonable al respecto.

—En mi vida he oído cosa más ridícula —dije con ira.

—Por mi parte, señor —añadió Partridge—, considero que hemos tenido suerte al quitarnos de encima a esa muchacha. Como yo digo, no se tomaría las cosas tan a pecho si no tuviese algo que ocultar. No hay humo sin fuego, se lo digo yo.

Entonces no tenía idea de lo que iba a sentir cuando volviera a oír esa misma frase.

Aquella mañana, a modo de aventura, quise caminar hasta el pueblo. Brillaba el sol, el aire era fresco y agra-

dable y se notaba ya en él la dulzura de la primavera. Agarré mis bastones y me puse en marcha, negándome rotundamente a que Joanna me acompañase.

Quedamos en que me pasaría a buscarme con el coche para llevarme a casa, antes de comer.

—Así tendrás tiempo de saludar a todo Lymstock.

—No me cabe la menor duda —le repuse— de que para entonces ya habré visto a todo el que es alguien en este pueblo.

Porque por la mañana la calle principal era el punto de reunión de los que iban de compras, y donde se hacía el intercambio de noticias.

No bajé solo al pueblo, después de todo. Habría recorrido unos doscientos metros cuando oí a mi espalda el timbre de una bicicleta, seguido del chirriar de unos frenos, y Megan Hunter casi aterrizó a mis pies.

—Hola —dijo sin aliento, levantándose y sacudiéndose el polvo.

Megan me caía bastante bien y sentía por ella una extraña compasión.

Era hijastra del abogado Symmington, fruto del primer matrimonio de su esposa. Nadie hablaba demasiado de Mr. (o capitán) Hunter, y llegué a la conclusión de que la gente prefería olvidarlo.

Se decía que había tratado muy mal a Mrs. Symmington, y ella había pedido el divorcio un par de años después de la boda. Como la mujer contaba con capital propio suficiente, se había instalado con su hijita en Lymstock «para olvidar», y allí había acabado casándose con el único buen partido del lugar: Richard Symmington.

Había dos niños fruto de ese segundo matrimonio a los que los padres querían con locura, y me daba la im-

presión de que Megan se sentía a veces como un estorbo en la casa. Desde luego no se parecía en nada a su madre, que era una mujer bajita y anémica, bonita, aunque ajada, que se quejaba con voz débil y melancólica de las deficiencias de la servidumbre y de su salud.

Megan era una jovencita alta y desgarbada, que a pesar de que ya había cumplido los veinte parecía una colegiala de dieciséis. Tenía los cabellos castaños, los ojos verdes, la cara delgada de pómulos prominentes y una sonrisa encantadora. Solía llevar ropa poco atractiva y de colores apagados y las medias de hilo de Escocia llenas de agujeros.

Aquella mañana la encontré más parecida a un caballo que a un ser humano. Es más, habría resultado un caballo bastante presentable, con un poco de acicalado.

Habló, como de costumbre, de manera entrecortada.

—He estado en la granja... La de Lasher, ¿sabe? Para ver si tenía huevos de pato. Tienen un montón de cerditos la mar de monos. ¡Encantadores! ¿Le gustan a usted los cerdos? A mí sí. Hasta me gusta su olor.

—Los cerdos bien cuidados no deberían oler mal —le dije.

—¿No? Pues todos huelen por estas tierras. ¿Va usted al pueblo? He visto que estaba solo, y por eso se me ha ocurrido pararme y andar con usted..., sólo que he frenado con demasiada precipitación.

—Te has roto la media —le dije.

Megan se miró la pierna derecha con cierto remordimiento.

—Pues es verdad. Pero ya tenía dos agujeros, de modo que no importa mucho, ¿no le parece?

—¿No te zurces nunca las medias, Megan?

—Claro. Cuando me pilla mamá. Pero no se fija mucho en lo que hago, con lo que de algún modo es una suerte, ¿verdad?

—No pareces ser consciente de que ya eres mayor.

—¿Quiere decir con eso que debería parecerme más a su hermana, siempre tan emperifollada?

No me sentó bien semejante descripción de Joanna.

—Tiene un aspecto limpio, pulcro y agradable a la vista —respondí.

—Es muy bonita. Y no se parece en nada a usted, ¿verdad? ¿Cómo es eso?

—Hermanos y hermanas no siempre se parecen.

—No. Claro que yo no me parezco gran cosa a Brian ni a Colin. Y Brian y Colin no se parecen mucho entre ellos. —Hizo una pausa y luego añadió—: Es muy curioso, ¿verdad que sí?

—¿El qué?

Megan contestó brevemente:

—Las familias.

—Supongo que sí —dije, pensativo.

Me pregunté qué le pasaría por la cabeza. Caminamos en silencio unos instantes y luego dijo con voz tímida:

—Usted vuela, ¿no?

—Sí.

—¿Así fue como se hizo daño?

—Sí; me estrellé.

—Aquí nadie vuela.

—No —repuse—, creo que no. ¿Te gustaría volar, Megan?

—¿A mí? —pareció sorprenderse—. ¡Cielo santo, no! Me marearía. Me mareo hasta cuando viajo en tren.

—Hizo una pausa y luego preguntó con esa impertinen-

cia que sólo los niños suelen mostrar—: ¿Se pondrá bien y podrá volver a volar, o será un lisiado el resto de su vida?

—Mi médico dice que quedará bien.

—Sí, pero ¿su médico acostumbra a decir mentiras?

—No lo creo. Es más, estoy seguro de que no. Confío en él.

—Mejor entonces. Porque mucha gente dice mentiras. Acepté aquella verdad aplastante en silencio.

—Me alegro —añadió Megan con aire indiferente—. Temía que estuviese usted siempre de mal humor por haberse quedado lisiado para toda la vida. Pero si es su forma natural de ser, la cosa varía.

—Yo no estoy siempre de mal humor —le respondí con frialdad.

—Bueno, pues digamos que es irritable.

—Me irrito porque tengo ganas de ponerme bien otra vez... Y estas cosas no se pueden acelerar.

—Entonces, ¿para qué preocuparse?

Me eché a reír.

—Mi querida niña, ¿es que no tienes nunca prisa por que ocurra algo?

Megan reflexionó antes de contestar.

—No. ¿Por qué habría de tenerla? ¿Para qué tener prisa, si nunca ocurre nada?

Me llamó la atención el dejo de melancolía que impregnaba sus palabras y le dije con dulzura:

—¿En qué ocupas el tiempo?

Se encogió de hombros.

—¿Qué se puede hacer aquí?

—¿No tienes aficiones? ¿No juegas a algo? ¿No tienes amistades por los alrededores?

—Soy torpe para los juegos, lo sé; no hay muchas muchachas por aquí, y las que hay, no me gustan. Me consideran un horror.

—¡Tonterías! ¿Por qué iban a pensar así de ti?
Megan sacudió la cabeza.

Entrábamos ya en la calle principal y la muchacha dijo bruscamente:

—Ahí viene Miss Griffith. Es una mujer odiosa. Siempre me está dando la lata para que me una a su grupo de exploradoras. ¿Para qué disfrazarse y andar por ahí en grupos, y ponerse insignias de algo que en realidad una no ha aprendido a hacer como es debido? Me parece una idiotez.

En general estaba bastante de acuerdo con Megan, pero Miss Griffith cayó sobre nosotros antes de que pudiera expresar mi conformidad.

La hermana del médico, que llevaba el inapropiado nombre de Aimée —que era de origen francés y significaba «amada»—, poseía todo el aplomo y la seguridad de los que carecía su hermano. Era una mujer guapa, con un ligero aire masculino, curtida por los elementos y de voz muy profunda.

—Hola, hola —nos saludó—. Magnífica mañana, ¿eh? Megan, precisamente andaba buscándote. Necesito ayuda con los sobres para la Asociación Conservadora.

Megan murmuró unas evasivas y, apoyando la bicicleta contra el bordillo, entró decidida en los Almacenes Internacionales.

—¡Qué criatura más extraordinaria! —dijo Miss Griffith siguiéndola con la mirada—. Es holgazana como ella sola. Se pasa el día pensando en las musarañas. Debe de hacer sufrir a la pobre Mrs. Symmington. Sé que su

madre ha intentado más de una vez que aprenda o haga algo: taquimecanografía, ¿sabe?, o cocinar, o criar conejos de Angora. Necesita tener algo que le interese en esta vida.

Pensé que probablemente tenía razón, pero me dije que yo, en el lugar de Megan, habría opuesto una firme resistencia a cualquier proposición de Aimée Griffith, por la sencilla razón de que su agresiva personalidad habría despertado mi animadversión.

—Soy enemiga de la ociosidad —prosiguió Miss Griffith—, y sobre todo en la gente joven. Sería distinto si Megan fuese bonita, o atractiva, o algo así. A veces, creo que la chiquilla tiene algún tornillo suelto. Ha sido una gran decepción para su madre. El padre, ¿sabe? —bajó la voz levemente—, era una mala persona. Temo que la chica haya salido a él. Es doloroso para su madre. Bueno, tiene que haber gente de todo tipo en el mundo, como digo yo.

—Por suerte —respondí.

Aimée Griffith rio.

—Sí. Mal iría que todos estuviésemos cortados por el mismo patrón. Pero me disgusta ver que hay quien no le saca a la vida todo el jugo posible. Yo disfruto de la vida y quiero que todo el mundo goce de ella también. La gente me dice: «Debe estar muerta de aburrimiento viviendo todo el año en el campo». Ni por asomo, les contesto. Siempre estoy ocupada. ¡Siempre me siento feliz! Constantemente ocurren cosas en el campo. Tengo todo el tiempo ocupado, entre mis exploradoras, el instituto, y varios comités... Amén de tener que cuidar de Owen.

En aquel instante Miss Griffith vio a un conocido al otro lado de la calle y, lanzando un gritito de saludo, la

cruzó de un brinco, lo que me permitió proseguir mi camino hacia el banco.

Miss Griffith me resultaba siempre un poco abrumadora.

Una vez llevada a cabo satisfactoriamente mi gestión en el banco, me dirigí a las oficinas de Mr. y Mrs. Galbraith, Galbraith & Symmington. No sé si habría algún Galbraith vivo. Yo nunca vi a ninguno. Me hicieron pasar al despacho particular de Richard Symmington, que poseía ese característico y agradable olor a cerrado de los bufetes de los abogados que hace mucho que se han establecido.

Un gran número de cajas rotuladas con nombres como el de lady Hope, sir Everard Carr, William Yatesby-Hoares Esq., difunto, entre otros, daba al conjunto la sensación necesaria de familias decorosas del condado y de negocio legítimo.

Al observar a Mr. Symmington mientras se inclinaba para examinar los documentos que le había llevado, se me ocurrió que si bien Mrs. Symmington no había encontrado la felicidad en su primer matrimonio, en el segundo, en cambio, había procurado ir sobre seguro. Richard Symmington era el prototipo de la calma y de la respetabilidad, la clase de hombre que jamás provocaría a su esposa ni un momento de ansiedad. Tenía el cuello largo, con la nuez muy pronunciada, el rostro ligeramente cadavérico y una nariz larga y fina. Un hombre bondadoso y, sin duda, un buen padre y un buen marido, pero no un hombre de los que hacen latir el corazón con impetuosidad.

Mr. Symmington empezó a hablar enseguida. Lo hizo

con claridad y lentitud, mucho sentido común, de manera acertada y perspicaz. Arreglamos el asunto que me había llevado allí, y al levantarme para marcharme, le dije:

—He bajado al pueblo en compañía de su hijastra.

Por un momento pareció como si Mr. Symmington no supiera a quién me refería; luego sonrió:

—Ah, sí, claro... Megan. Volvió..., eh..., del colegio hace algún tiempo. Estamos pensando en buscarle algo que hacer..., sí, una ocupación. Pero, claro, aún es muy joven. Y va algo atrasada para su edad, según dicen. Sí, eso me aseguran.

Salí. En el despacho de fuera había un hombre muy viejo sentado en un taburete, escribiendo lenta y laboriosamente, además de un muchacho bajito y de cara impertinente, y una mujer de edad madura, cabello encrespado y lentes, que escribía a máquina con bastante rapidez y energía.

Si aquélla era Miss Ginch, estaba de acuerdo con Owen Griffith en que era del todo improbable que entre ella y su jefe pudiesen haber escenas de ternura.

Entré en la panadería y me quejé del pan con pasas que me habían dado. Recibieron mi protesta con las exclamaciones y la incredulidad adecuadas a las circunstancias, y me entregaron en su lugar otra hogaza «recién salida del horno en este mismísimo instante», cosa bien cierta a juzgar por el calor que desprendía. Salí de la tienda y miré a derecha e izquierda, con la esperanza de ver a Joanna y el coche. Estaba muy cansado después del paseo, y me resultaba fatigoso moverme con los bastones y el pan.

Pero no había ni rastro de mi hermana.